

DEPORTE Y ESPIRITUALIDAD EN CULTURAS PREHISPÁNICAS (JUEGO DE PELOTA)

El deporte, como manifestación simbólica del cuerpo y la comunidad, posee una profunda raíz espiritual en las culturas prehispánicas de Mesoamérica y los Andes. A diferencia del concepto moderno, donde el deporte se concibe como competencia, espectáculo o disciplina educativa, en las civilizaciones originarias del continente americano el ejercicio físico estaba vinculado a una cosmovisión sagrada. Las actividades corporales no eran simples formas de recreación o preparación bélica, sino actos rituales que comunicaban a los seres humanos con las fuerzas cósmicas, los dioses y los ciclos naturales (Taladoire, 2001). En este contexto, el cuerpo no era visto como una entidad separada del espíritu, sino como su vehículo y expresión; el movimiento físico adquiría así un sentido trascendente, educativo y social.

El propósito de este apunte es explorar el papel del deporte y las actividades físicas en las culturas prehispánicas, destacando su función espiritual, social y formativa. Para ello, se analizarán las manifestaciones deportivas más representativas –como el juego de pelota mesoamericano, las prácticas rituales andinas y otras expresiones corporales– a partir de una visión que articula perspectivas filosóficas, antropológicas y educativas.

El juego de pelota fue una de las expresiones culturales más representativas de Mesoamérica, practicado en territorios que hoy corresponden a México, Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Estas sociedades compartían una cosmovisión común que concebía el universo dividido en tres planos: el cielo, la tierra y el inframundo. En las ciudades prehispánicas, la disposición arquitectónica reflejaba esta visión: la pirámide, situada en lo alto, señalaba al cielo; la plaza, ubicada en el centro, articulaba la relación entre el pueblo y lo divino; y el juego de pelota, localizado en los sectores bajos inframundo se vinculaba con él. Así, la cancha se convertía en un espacio donde se escenificaba la lucha entre la vida y la muerte.



El simbolismo del juego se relacionaba con la fertilidad y la renovación cíclica de la existencia. Desde lo profundo de la tierra brotaba el agua que daba origen a la vida, y en esa lógica, el juego representaba la tensión entre muerte y renacimiento. El *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas, narra cómo los gemelos divinos Hunahpú y Xbalanqué vencieron a los señores de Xibalbá gracias a su destreza en el juego, reafirmando su carácter mítico y su asociación con la victoria sobre la muerte. Además de este texto, códices náhuatl y mayas, así como crónicas de los conquistadores españoles, documentan la práctica y su importancia ritual y social.

La arquitectura de las canchas, llamadas *tlachco* en náhuatl, se caracterizaba por dos muros paralelos e inclinados que delimitaban un espacio central en forma de doble T. Aunque existían variaciones, todos compartían elementos comunes que los identificaban como escenarios sagrados y deportivos. En las paredes se colocaban los anillos de piedra, *tlachtemalácatl*, que servían como objetivo para la pelota de caucho macizo. El juego consistía en impulsar la pelota de un lado a otro sin emplear manos ni pies, utilizando, en cambio, hombros, caderas, espalda y antebrazos.

Las reglas eran estrictas: la pelota solo podía tocarse con la mano en el saque inicial; se cometían faltas al golpearla con partes no autorizadas, al enviarla fuera de la cancha o al recibirla de manera incorrecta. Para ganar, era necesario pasar la pelota por los aros o acumular puntos. Los equipos solían estar integrados por siete jugadores, aunque el número podía variar. La exigencia física era elevada, y los jugadores vestían cinturones de cuero, cascós, mandiles, rodilleras, guantes y protecciones en brazos, lo que muestra la dureza del deporte.

El ritual que acompañaba al juego fue descrito por fray Bernardino de Sahagún en su *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Durante el mes de panquetzaliztli, las

festividades iniciaban con danzas y cantos en honor a Huitzilopochtli, seguidos de sacrificios humanos en el *teotlachtlí*, el patio del juego. Tras estos actos, la cancha, embadurnada de sangre, se convertía en escenario de la competencia. El sacrificio, ya fuera humano o animal, formaba parte inherente de la lógica ritual, en la que la muerte abría paso a la vida y la fertilidad.

La formación de los jugadores estaba vinculada al *calmécac*, institución educativa destinada a los jóvenes nobles (*pipiltin*), aunque también podían acceder hombres libres (*macehualtin*) con condiciones físicas sobresalientes. La preparación incluía ayuno, rituales de purificación, contacto con el gobernante, sahumerios con copal, oraciones y sacrificios. En Xochicalco, Morelos, se han hallado espacios destinados a la preparación de los jugadores, con áreas de descanso, estanques y zonas de entrenamiento.

El desenlace del juego podía tener consecuencias trascendentales: el capitán del equipo vencedor podía ser ofrendado a los dioses, y del resultado dependían el honor, las propiedades, la fertilidad de la tierra o la supervivencia de una ciudad. El juego de pelota, por tanto, no era solo un entretenimiento, sino un acontecimiento cargado de significado religioso, político y social, capaz de decidir el destino de comunidades enteras.

La práctica también tenía un carácter profano. Podía jugarse como entretenimiento, como juego de azar o como forma de otorgar a un enemigo capturado la posibilidad de morir con honor. Estas modalidades se realizaban en cualquier época del año y cumplían funciones sociales y lúdicas, lo que demuestra la versatilidad de esta tradición.

El contraste con los Juegos Olímpicos griegos revela tanto similitudes como diferencias. En ambos casos, el deporte estaba íntimamente ligado a la religión y a la cultura, y funcionaba como un medio de cohesión social y de expresión de valores colectivos. En Grecia, los sacrificios eran de animales en honor a Zeus; en Mesoamérica, los sacrificios humanos eran parte esencial del ritual. Sin embargo, en ambos contextos, la práctica deportiva trascendía lo físico para convertirse en un acto simbólico que vinculaba a los hombres con lo divino.

En la actualidad, se ha planteado la posibilidad de reconocer el juego de pelota como “juego olímpico histórico”, con el fin de reivindicar su valor cultural y pedagógico. El deporte, más allá de su dimensión física, contribuye a la formación integral de las personas, a la estructuración mental y a la transmisión de valores. La relación entre el *calmécac* y el juego de pelota muestra cómo la educación y el deporte se entrelazaban en la formación de ciudadanos.

La reflexión sobre el juego de pelota y su vínculo con los Juegos Olímpicos abre la posibilidad de reconocer la importancia de los deportes tradicionales en la construcción de identidad cultural y en la búsqueda de modelos pedagógicos integrales. La historia, al recuperar estas prácticas, se convierte en herramienta para fortalecer la conciencia cultural y proyectar caminos hacia el futuro.



Referencias:

- Coe, M. D. (1994). *Mexico: From the Olmecs to the Aztecs*. Thames & Hudson.
- Guttmann, A. (2004). *Sports: The First Five Millennia*. University of Massachusetts Press.
- Huizinga, J. (1938). *Homo Ludens: A Study of the Play-Element in Culture*. Routledge.
- Mandell, R. (1984). *Sport: A Cultural History*. Columbia University Press.
- Taladoire, E. (2001). *The Mesoamerican Ballgame: Origins and Meanings*. In E. Whittington (Ed.), *The Sport of Life and Death: The Mesoamerican Ballgame* (pp. 97-115). Thames & Hudson.
- Whittington, E. (2001). *The Sport of Life and Death: The Mesoamerican Ballgame*. Thames & Hudson.